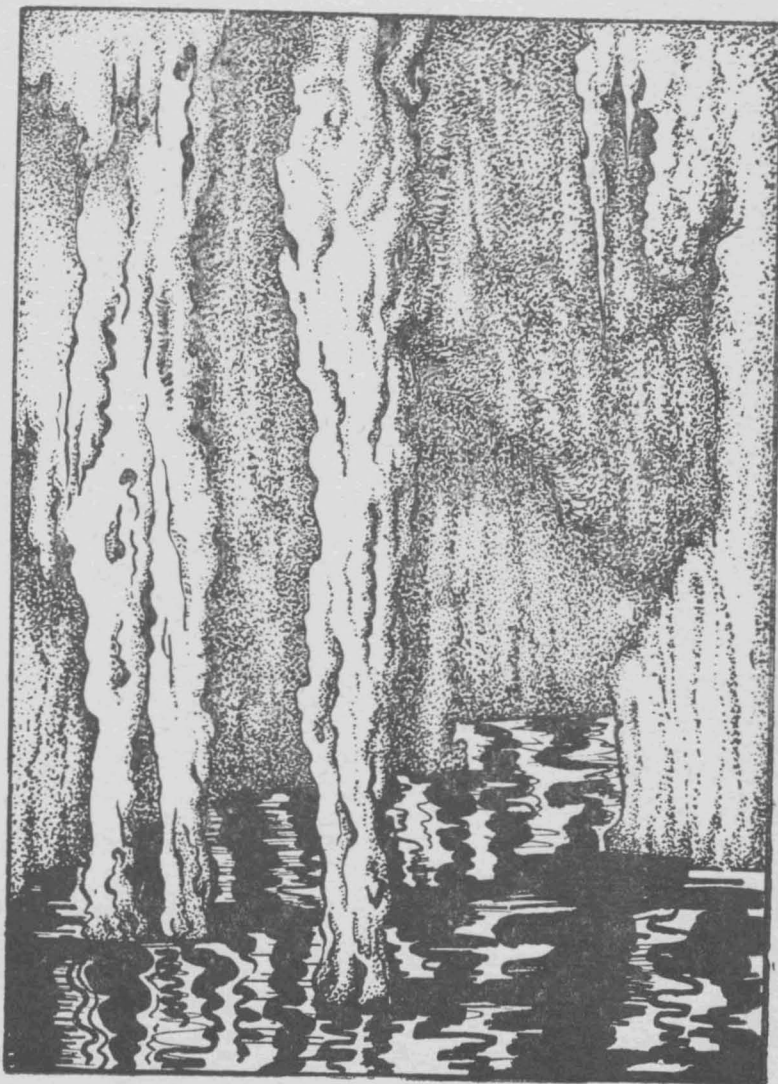




AYER Y HOY



dib. *Wlujza Garcia-Pardo*

N.º 19

Octubre-Noviembre 1950

NUESTRA PORTADA

Cuevas del Draeh,

por María Luisa García Pardo.

«AYER Y HOY» entra en el III año de su existencia, al ritmo paralelo de ESTILO, y reuniendo entre sus páginas preciosas colaboraciones de arte, literatura y música, bajo la consigna normativa del amor a Toledo. Solamente por esto queda justificada la razón de ser de nuestra Asociación y su Revista.

Hemos de señalar, con satisfacción, el aumento de altas, e insistimos en el deseo de seguir despertando más vocaciones para el arte o las letras, en mantener vivo el amor a Toledo y en sentirnos todos cordialmente compenetrados en esa reciprocidad de ideales que florecen en la sensibilidad de los artistas.



EL EXITO DE UN CONCIERTO

Por JOSÉ M. E. INFANTES

Berlioz aseguraba que la música es el arte de conmover, mediante sonidos articulados, a hombres inteligentes dotados de órganos especiales. No sé hasta qué punto encierra presunción esta manera de definir la música el maestro francés, pero todos los colegas de su tiempo, y casi todos los posteriores la han aceptado, sin parar mientes, en que les sitúa entre los hombres inteligentes y muy ufanos, además de poseer esos órganos especiales que les hacían emocionarse ante obras de más altura artísticas que el mismo Partenón (sin ofender). Esto no podría discutirse si los coetáneos de Berlioz se hubieran respetado los unos a los otros y todos a los mejores; pero... lean algunas críticas de la época, copiadas literalmente:

De Boieldieu, al autor de la *Sinfonía Fantástica*: «Yo no he podido comprender aún la mitad de las obras de Beethoven y usted va mucho más allá que él...» Un tribunal concedió más tarde a Berlioz el Premio de Roma, y entonces el autor escribe a Adam: «Estimo bien contadas cosas en esta partitura; no está a nivel, etc.». Se refería a su célebre cantata *Sardanápalo*. Las *Sinfonías* de Beethoven, estrenadas en París en 1825 aproximadamente, son juzgadas de «caprichosas, incoherentes, difusas, erizadas de modulaciones ásperas, de armonías salvajes sin ninguna melodía, coléricas por su expresión...»

Aquí, el mismo Berlioz se indigna y publica un estudio crítico de las *Sinfonías* beethovenianas, dándoles su verdadero valor, pero vuelve la espada y arremete contra Bellini en *Romeo y Julieta*, calificándolo de «innoble, ridículo, impotente y nulo». El golpe se lo devuelve Rossini con su clásica ironía, diciendo de él: «Es una suerte que este muchacho no sepa música, la haría muy mala». Y la historia se repite eternamente. Kalkbrenner contra Chopín; todos contra Wagner cuando apareció, y miles de ejemplos curiosos que sería imposible enumerar.

Y después de leer esto, ¿daremos crédito aún a la definición de Berlioz? Quizá sea cierto que emocionar a hombres inteligentes sea el efecto de la música y que los compositores no cuentan como auditorio, pero esto es poco probable, pues si alguien posee esos órganos especiales de que habla el músico crítico, nadie con más fundamento que un compositor, por aquello

de que «la función crea el órgano»; además, sería imposible la existencia de auditorio sin programa que escuchar, creado por un artista, con lo que vamos a dar en una serie de conclusiones más incoherentes que las *Sinfonías* de Beethoven para el crítico parisino.

El nudo, enredado hasta el máximo, siempre tiene dos cabos, y esta es la solución del problema. La música tiene dos cabos, dos maneras de oírse: Una, crítica en extremo; otra, mucho más agradable, de recreo espiritual. Cuando todos los maestros citados escuchaban las de sus colegas, no podían sustraerse a la sañuda crítica, a veces excesiva, por la ira que les producía, v. gr., ver el éxito obtenido por una disonancia en el público no erudito; disonancia que ellos no se atrevieron a utilizar por conservadurismo arcaico, por respeto indebido a las formas..., por miedo.

Sin embargo, el que oye música, sea o no compositor, y se entrega desde un principio al recreo espiritual que esto produce en el que no es un zote (o sea, que es inteligente según Berlioz), nunca se atreverá a asegurar otra cosa en contra de lo que escuchó, sino que le ha producido o no el recreo que buscaba. Y una satisfacción espiritual es siempre una agradabilísima emoción. ¿Órganos especiales? La im-

parcialidad, la modestia, la buena voluntad...

Hoy en día, los auditorios tenemos la suerte o desgracia de vivir en una época falta de polémicas musicales, o lo que es igual, falta de genios en cantidad suficiente para armarlas. Desgracia, por lo que supone decadencia, y suerte, porque los programas se han de seleccionar, en su mayor parte, entre obras conocidas y prejuzgadas, que dejan el éxito del concierto en manos de los intérpretes. También es verdad que nos libra del peligro de una «plancha» ante una crítica desahogada de un estreno. (Me imagino las vueltas que darán en el otro mundo, algunos críticos citados, huyendo de Beethoven. Menos mal que es sordo...)

El concierto que tuvimos la suerte de escuchar el domingo 8 de Octubre, a cargo del Trío Madrid, es un ejemplo bien reciente de todo esto.

La obra beethoveniana de cámara, interpretada en primer lugar, fué algo magnífico, porque tenía que serlo. La composición, no vamos a enjuiciarla, y los intérpretes, merecen holgadamente la denominación de maestros. Aquel andante..., lo mejor.

Alternaron las adaptaciones con solos y cámara, y, para no faltar a la verdad, en condiciones no muy favorables, ya que el cambio de humedad hacía «sudar» las cuerdas, y el piano hacía sudar a Bernal por la dificultad que supone sacar buenas voces donde no las hay. Pero las sacó.

Jesús Fernández se «entregó» totalmente en las versiones que dió a Corelli y Paganini, cooperando en el conjunto como corresponde a un concertino de la primera orquesta nacional, y Santos G. Andía, demostró dominar el violoncelo como los mejores, haciéndose uno con la humana sensibilidad del instrumento en los *Aires Húngaros* y el *Aria*, y llevando con maestría su voz en las obras interpretadas por el Trío. *Las Erynnies*, de Massenet, la obra más aplaudida.

Bises, ovaciones, maestría en la interpretación, programa seleccionado... Yo confieso que encontré el recreo y la emoción que buscaba, y encontré más: Junto a la maestría, estaba la modestia, la imparcialidad..., los órganos especiales que dijo Berlioz. En intérpretes y público. Enhorabuena.

SUMARIO

- Don José M. Esteban Infantes. El éxito de un concierto.
- Abén Comarex. La III Exposición de Otoño.
- Don Guillermo Téllez. Lo mariano en el Greco.
- Don José M. E. Infantes. A Eduardo Lagarde.

PÁGINAS POÉTICAS

- Don José Luis Pérez de Ayala. Granados.
- Don José Relanzón. Sert y su obra.
- Don Pablo Gamarra. El juramento del Cristo de la Vega.
- Actos literarios y distinciones a nuestros asociados.

LA III EXPOSICIÓN DE OTOÑO

por ABÉN COMAREX

A la primera ojeada, sin haber visto aún más que superficialmente la Exposición, o sea, nuestro tercer Salón de Otoño, se puede advertir una mayor selección en el conjunto de las obras presentadas. Por fortuna van perdiendo ese carácter infantil de otras exposiciones celebradas anteriormente, y en las que la cantidad suplía a veces la calidad de lo presentado. Nuestros artistas comienzan a darse cuenta que vale más un cuadro bueno que toda una serie de cosas medio ensayo, medio fracaso, que son en definitiva la labor de muchos días, y que los consagrados y los que empiezan a serlo guardan cuidadosamente en el fondo de sus estudios, sin querer dejar traslucir los bocetos y los tanteos que costó *aquella* obra en la que tanto les admiramos. Y vamos al grano.

El catálogo dice así: *Mariano González*.—«Puente de Alcántara». Un ensayito muy simpático. Pero a este expositor le falta oficio, mirar a los maestros y a sí mismo y pintar, pintar mucho...

Emiliano Castaños.—Presenta la Plaza de Santa Leocadia, muy luminosa y con calor de verano, y un excelente cuadro que titula «Toledo y el Tajo», sobrio y entonado, con una gran calidad el agua y el centro del cuadro, esas ruinas tan toledanas de la Casa del Diamantista, bien construida, y en donde parece apuntar una personalidad.

Antonio Sánchez.—«Vista de la Puebla» y «Autorretrato». Mucho más conseguido —sin comparación— el autorretrato, que debe estar muy parecido; encuentro que hasta en la parte media del rostro se notan atisbos raciales; deja ver muy claramente que el camino de este pintor es la figura, y más aún el retrato.

Félix Muncharaz.—No sé por qué me han venido a la memoria al ver estos cuadritos aquellas famosas reproducciones del *Blanco y Negro*, y también me ha venido a la memoria que el patio de Lindaraxa, «Ojos de la sultana», es su poética traducción; no es este patio del Generalife, vulgar y sin encanto íntimo y maravilloso del Jardín de Lindaraxa; sus cipreses, tan bellos y conocidos; sus arrayanes, de un verde jugoso y fresco, son otra cosa. La Calle de Puntaumbría ado-

lece, como el anterior, de luz blanca y fría, de estar elaborado con el cerebro y no con el corazón.

Armando Fernández.—Dos bustos de escayola. El retrato de su hermano, francamente bien, y el otro algo más inferior, pero sincero y acertado.

Manuel Quintana.—Retrato de la Srta. Carmen Vera. Nos hemos quedado un poco sorprendidos en este retrato, que da la impresión de poco estudiado y de haberse torcido el color. La Srta. Carmen Vera, y con ella todas las mujeres rubias, son excelentes modelos, pues su color es tan delicado y fino, que un pintor que sepa su oficio puede hacer maravillas. ¿No recuerda el autor los retratos de la escuela inglesa, tan contruidos, tan elegantes, tan limpios de color?

Antonio de la Cruz.—Este muchacho, que cultiva, como los artistas del Renacimiento, pintura y escultura, nos parece más escultor que pintor. ¿Por qué no dejar pinceles por palillos y dedicar toda su energía a hacer cosas en las que, como en el busto de su abuelo, su personalidad sea más destacada?

Alfonso Bachetti.—Enhorabuena, amigo Bachetti. Su río Piles es una magnífica acuarela, con toda la gracia y el primor de los grandes acuarelistas. Su San Miguel es también una pieza original y entonada, que acredita maestría y conocimiento.

José Luis Pérez de Ayala.—Presenta un original dibujo de pluma, suelto, lleno de vida y expresión; una buena ilustración, en suma.

Excma. Sra. Condesa de Cedillo.—Retrato de su hijo José Luis. Sobrio y con certeras pinceladas de luz. Se nota maestría y oficio. Lástima que la oreja se encuentre fuera de su sitio y en los hombros una ligera desviación los desdibuje.

Valentín Conde.—Expone un extraño cuadrito algo goyesco. Hay que estudiar mucho, Valentín.

Tomás Camarero.—Su cuadro «Santa Isabel», es lo mejor que de este joven hemos visto, que va progresando, y que si se olvidara un poco del color

morado, sus cuadros ganarían mucho en justeza y sobriedad.

Pablo Gamarra.—Resalta en lo presentado por el Sr. Gamarra una evolución hacia los colores más suaves, hacia las armonías en tono menor, que dan un nuevo valor a su obra.

Jesús Repiso.—Destaca el retrato de Manolo Pintado, con un gran parecido, con fuerte tendencia moderna y con su fondo de noche de verano. Hay en Repiso un gran colorista futuro.

José de Castro Gil.—Hay calidad de pintor en estos cuadros y buen gusto. Lástima que los verdes, demasiado verdes, salten demasiado a la vista, destruyendo un poco la armonía.

José Vinader.—Cuadros de floreros minuciosos y pacientes; muy bonitos algunos de ellos y que recuerdan los esmaltes.

Leopoldo Morán.—Ha enviado un bodegón con trozos buenos, pero inferior a otras cosas suyas que conocíamos, parece que fué pintado desde varios puntos de vista.

Sagrario Cepeda.—Esta joven artista, de gran temperamento pictórico, nos ha decepcionado un poco con su envío. Sabemos que puede hacer más, mucho más, y es lástima que la prisa no se lo haya permitido.

José A. Sánchez, Núñez, Soria, M. Romero, Peñalosa, Angel Labrador, José Muñoz, L. M. C. y Francisco Labrado, exponen una simpática colección de carteles, dibujos y hasta alguna talla en madera dignos de elogio y aliento. Animo, muchachos, y a trabajar mucho.

Tomás Llorente.—Expone este joven y futuro gran escultor, varias en madera excelentes; hay seguridad, soltura y buen dibujo, pero el retrato de su prima, la Srta. Isabel Gastálvez, no está a la altura de los demás. La prisa — siempre la prisa — le ha impedido estudiar como debía esta obra.

José Ruiz de los Paños.—Dos amenas caricaturas de Manolo Conde y Cecilio Guerrero, dicen claramente las condiciones que posee y el éxito que puede alcanzar en este difícil género José Ruiz de los Paños.

Salvador Villegas.—Como no conocemos el campo alemán, nada podemos decir de su color ni carácter personalmente, pero a través de las reproducciones que nos llegaron en revistas y periódicos, creemos que estos cuadros, minuciosamente tratados, son bastante justos de color y forma. El amanecer, ¿es también así en Alemania?

Tomás Jimena.—Siempre es un descanso para el espíritu encontrar estos suaves y entonados cuadros de D. Tomás. Su color, a lo Romero de Torres, es como un remanso de exquisita finura, de fina sensibilidad.

Manuel Pintado.—Muy bien, Manolo, pero que muy bien, esas finas acuarelas y ese retrato, en el que se ve un gran dibujante y un delicado pintor.

Enrique Vera.—«Toledo desde el Valle», titula D. Enrique el magnífico cuadro enviado a la Exposición. Esa difícilísima luz fría y brillante de Toledo, ha sido captada con una justeza y una simplicidad de tonos, en gamas grises, plateadas, como pocas veces hemos podido verlos. Los últimos términos fundidos en su sitio los primeros, vigorosos y resueltos, con una técnica muy personal, hacen de esta obra un excelente trozo de pintura muy «Toledo».

Joaquín Bertrán.—Un precioso retrato de niño con calidades de carne infantil, tan difíciles, llenos de expresión y dulzura, nos hablan de los triunfos conseguidos y por conseguir del Sr. Bertrán en la escultura.

Gonzalo Payo.—Dos cuadros con aire de panorámicas presenta este expositor, en el que se nota su sólida formación dibujística.

Pilar Hurtado.—Unos apuntitos de las Navas del Marqués, hechos en la holganza de unas vacaciones veraniegas, y en los que cierta frescura de color y como si oliera a pinos, a parte de estar bien dibujados y contruidos, nos hacen lamentar que esta joven estudiante no tome más en serio sus buenas condiciones y llegue al punto que le corresponde entre los pintores de hoy.

Y ahora, la más cordial enhorabuena a todos y a cada uno de los expositores y a los organizadores del III Salón de Otoño en Toledo, que con su trabajo y entusiasmo van consiguiendo despertar un ambiente artístico y unir muchas vocaciones que acaso se hubieran perdido faltas de calor y aplauso.

TOLEDO EN EL ARTE

LO MARIANO EN EL GRECO (Domingo de la Madre de Dios)

Por GUILLERMO TÉLLEZ

De la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo

La magnífica colocación de la Asunción del Greco en la Catedral, presidiendo el cónclave de iconografía mariana, durante las fiestas, sin igual, en la historiografía de María, han puesto de relieve el valor de lo mariano en el Greco, y su posición como un pintor que sentía hondamente una devoción emocionada, tan distante del simple asalariado que hace cuadros de encargo.

El arte del Greco está considerado por Cossio, como una exacerbación de ciertas cualidades que siempre viven en él. Nosotros creemos que esta exacerbación existe, que no es un desequilibrio adquirido con los años, sino que hay como una liberación de la cultura aprendida; que en algunas obras persiste en todo o en parte lo adquirido por él.

En él hay una evolución hacia la sencillez de temas, simplificación de grupos y disminución e inconcreción del ambiente. Respecto a los temas tratados por el cretense, es conocida su limitación, pues todos están conformes en que pueden dividirse en retratos y pintura religiosa.

Como norma peculiar suya trata menos veces a la mujer que al hombre, tanto en lo religioso como lo profano; pues en lo profano solo figura la Dama del Armiño, algún otro retrato y un grupo o dos de familia; en lo religioso: la Verónica, la Magdalena, como la magnífica de Budapest y muy pocos más.

En cambio, el tema mariano resulta abundante, en comparación con los demás temas femeninos. Nota de bastante interés en el Greco, que trabajaba los temas según que le interesasen o no, y los cuadros marianos del célebre pintor suelen estar, además, repetidos.

Como creemos lo esencial del arte del Greco la fuerte proyectividad de su carácter, acusada con más fuerza que en ningún otro, esta propia abundancia del tema mariano expresa lo intensamente que sentía a María. Recordemos brevemente los principales, dejando para el final el de la Asunción, acaso el más definitivo.

Concepción.—Hay una, según Cossio, en San José, y otra pequeña en la Colección del Barón Hiyssen, de Lugano.

Bodas de María.—Buen ejemplar el de Budapest, con ritmos muy rectos de los paños del fondo y bien movidos los de los personajes.

Anunciación.—Lo trata varias veces, habiendo una en el Prado y otra en San Vicente, que procede de la Sisle; casi siempre aparece el típico dinamismo de alas y paños.

Nacimiento.—El de Santo Domingo el Antiguo pertenece al grupo de las primeras obras que hizo en Toledo. Sagrada Familia y Santa Ana los hay en San Vicente y Museo del Prado.

Despedida de Jesús y María.—Son dos los ejemplares que conserva San Vicente, creyéndose originales o buenas copias, no sabiéndose si el que no está en el ático del altar mayor fué dúplice del original que se llevó a Madrid. Lo cierto es que ambos son muy buenos, con una expresión en los rostros superior a cualquier cuadro del arte cristiano, y en donde la Virgen, especialmente, adquiere una espiritualidad que infunde tan hondo respeto, que logra la perfecta interpretación del dolor y del amor materno en una cara superior a la de los mortales, bien

lejos de la correcta pagania del renacimiento italiano.

Expolio.—La aparición del grupo de las Marias en el Expolio es de lo más significativo de la devoción del Greco por María, pues fuerza la colocación de ellas hasta suscitarse reparos en el Cabildo toledano. El valor de este dato es mayor en cuanto que Cossio contó hasta diez duplices (tres de ellas en Toledo).

Calvarios.—Hay varios, siempre con una dignidad extraordinaria la figura de María.

Pentecostés.—Ejemplar muy típico el que se conserva en el Prado, centrando a la Virgen los apóstoles con el marco de paños típicos del barroco, y los tonos, ya algo lívidos.

Imposición de la casulla.—Aparece en el plano de Toledo, que guarda el Museo del Greco, en el cielo en grupo pequeño, pero muy movido. También lo está en la talla perteneciente al antiguo marco del Expolio que hay debajo del marco actual.

Gloria.—Aparece en la del cuadro del Entierro del Conde de Orgaz.

La Coronación.—En la capilla de San José, de Toledo, está la Virgen sentada de frente con las manos juntas sobre el pecho, con los pies sobre la media luna, a la derecha Jesús y el Padre Eterno, envuelto en un manto blanco. Al encontrarse la Virgen sobre la media luna, ha hecho que se la interprete como una Inmaculada.

La Asunción.—Este tema es el alfa y omega del arte del Greco. Sabemos que las primeras obras las hace en Toledo para el convento de Santo Domingo el Antiguo, por encargo del Deán Don Diego de Castilla. En el retablo principal, pintó la Asunción, que en 1850 compró el Infante Don Sebastián, y dejó una copia de Aparicio. En 1864, figuró en un Ministerio, y volvió después a poder del Infante. Sus herederos la dejaron en el Prado después de la exposición del Greco en 1902, hasta que en 1905 la compró la Casa Durand Ruel de París, de donde pasó al Art. Institute de Chicago. No la podemos ver y nos tenemos que contentar con lo que nos dicen las reproducciones. Su composición está muy ligada a la Assunta del Ticiano, con un predominio de elementos terrestres, apóstoles, sepulcro abierto, y con un ritmo muy holgado, flotando ampliamente las figuras con una maestría y espacio que no se verán en la obra posterior del artista.

La Asunción de San Vicente.—Considerada por algunos como la mejor obra del Greco, para otros es la que sintetiza sus mayores exageraciones estéticas. Para mí, el cuadro que representa lo que el Greco pudo hacer, atendiendo a lo aprendido y mostrándose condescendiente con lo que el público exige, es el Entierro del Conde de Orgaz, pero el Greco más Greco es la Asunción.

En ella se llega al máximo con los valores rítmicos de las líneas y se logran los más altos acordes cromáticos; se espiritualiza hasta su más alto grado los elementos sensibles para representar lo ultramaterial y más digno del Mundo.

El cuerpo de María aparece como desprendido de un ramo de rosas; un ángel la empuja y otros tocan música, mostrando la alegría de los cielos al recibir tan preciada joya. Los elementos de la tierra son impersonales.

Sobre ellos domina el ramo de rosas; a los lados, con el pretexto de una letanía mariana, recuerdos de la vida del pintor: Creta y Toledo; el alfa y omega de su escenario.

A la derecha, su juventud; en una isla, un pueblo; de la isla parte una nave que había de recoger todo el arte del Mediterráneo para encallar en una roca de tierra adentro.

En la roca, un río, con la visión de Alcántara, algo así como la antítesis de un río. El Greco simboliza con este río y estas rocas, con estas aguas y el mar, su propia vida.

Concebimos al Greco como un artista que a partir del Entierro del Conde de Orgaz se va desinteresando de lo aprendido para llegar a una simplicidad estética, tanto de composición y figuras como de unidades pictóricas; al final, sus cuadros son caras, manos, paños y nubes.

Siempre que figura María, el Greco emplea el azul, si bien algo violáceo en su manto, acordando con amarillos y rojos en mantos de otras figuras, en este caso, los ángeles.

El cuadro, un deseo, un testamento y una evocación, es un cono de gloria que se desprende de la tierra por el ramo de flores, disposición contraria a la Assunta del Veronés, en que el vértice del cono está en el cielo y la base en la tierra. En la tierra no hay presente, todo, esfumándose, es pasado. Una de sus últimas obras tiene valor de recuerdos, de memorias y algo de testamento.

La Visión de San Juan.—Procedente de San Román, se guarda en el Museo de San Vicente un cuadro de nuestro pintor, menos conocido, puesto que se descubrió después de haberse hecho los estudios fundamentales del artista. La Virgen en el Cielo recibe la contemplación de un personaje. Se definió como la Purísima o la Asunción; hoy se cree la Visión de San Juan.

Abajo, en tierra, fuentes y recuerdos arquitectónicos que yo localizo en Roma; entre ellos el ramo de flores. El desconocer este cuadro en el tiempo en que el Greco estuvo de moda, ha hecho afirmar de él que no empleaba las flores, y no es cierto; las emplea en estos dos cuadros, decorando la parte de tierra del personaje celestial, tema que se imitó en otros artistas, definiendo los cuadros que lo llevan como de escuela toledana.

También emplea las flores en las Anunciations, pero aquí es tema obligado, y las usa en los cuadros de San José, en los que aparecen vertidas desde las nubes por los ángeles.

Y con esto acabamos, por creer bastante demostrado todo lo que hay de ferviente devoción mariana en el Greco.

Hasta donde se comprende o puede comprenderse su arte, se nota una marcha evolutiva a su valorización como artista y como católico. Primero y siempre, fué reconocido como un gran retratista; a partir de Cossio, se apreció su técnica y su temperamento. Mayer lo liga al barroco católico, intensificando esta misma idea Weisbach que lo define como artífice del barroco, típico de la Contrarreforma.

Nosotros en estas líneas creemos poder afirmar que su fuerte catolicismo está acusado en el cariño y plenitud con que orquesta y pinta líricamente los más bellos temas marianos, que son, como hemos dicho, el alfa y omega de su vivir toledano.

A Eduardo Lagarde

Por JOSÉ MANUEL E. INFANTES

Desde la madrugada del domingo 8 de Octubre *nos falta* Eduardo Lagarde. Su personalidad fuerte, emprendedora y artista, fué de todos conocida y admirada, y es imposible recoger su extensa vida en unas simples líneas de cariñoso recuerdo; pero nuestra revista AYER y Hoy no puede silenciar un homenaje último a quien tanto trabajó por el arte y por Toledo.

Supo fundir de modo inseparable dos «maneras» distintas, dos genios, en un solo temperamento; porque quien haya recorrido el itinerario nocturno de Toledo, por él escogido e iluminado, o haya visitado su estudio, retrato perfecto de su extensa personalidad, no puede dudar que Eduardo Lagarde era toledano. Y sin embargo, los que le trataron y admiraron las piruetas de su mano, dibujando en pocos segundos masas de espatadanzaris, saben que nunca dejó de ser vasco. Aquí nació y allí fué a morir. Esto fué, un toledano con boina.

Su espíritu, alegre y despreocupado, hacía pensar en la vida sin trabas y ligera del artista que prefiere lo bohemio aunque no lo necesite; parece un querer desentenderse de la realidad, machacona sombra de lo ideal, y sin embargo, cuando sus ideas profundamente católicas y sus servicios a la Patria le llevaron a ser preso en zona roja, si bien su rincón en la cárcel era admiración de todos por el arte con que supo decorarlo, también fué admirable su valor y serenidad, participando en la defensa de sus compañeros cuando a última hora iban a ser fusilados en masa, defensa heroica que acabó con la fuga



de la misma cárcel, y todo sin más armas que unas cuantas botellas llenas de agua. Botellas y... el rosario que dirigía todas las tardes. Eso fué: un artista bueno.

Era emprendedor en grado sumo, fundando grupos y «sociedades» en todas partes, no con ánimo de pasatiempo o diversión, sino intentando inculcar a todos su espíritu creador y su inigualable capacidad para el trabajo; y todo, valga la manida frase esta vez con verdad, por amor al arte. Arte Universal que acaparaba todas las modalidades, dominando con facilidad asombrosa las de arquitectura y dibujo; hasta tal punto esta última, que era capaz de inundar un telón blanco con multitud de caricaturas de ma-

sas aprovechando los vaivenes de un columpio donde estaba subido y utilizando como pinceles brochas y cepillos de gran tamaño. Era genial.

Nunca decayó, ni ante el agobio del trabajo ni ante el peso de los años. Casi se puede afirmar que siempre tuvo juventud de veinte y experiencia de cien. En su estudio, decorado al estilo de otros tiempos, siempre encontraba un rato que dedicar al conocimiento de las escuelas modernas y a su práctica; allí queda aún sin terminar un cuadro surrealista junto a centenares de dibujos estilo clásico, impresionista, inglés, cuadros goyescos, etc. Como arquitecto, sus obras se admirarán por muchas generaciones; sirva de ejemplo la restauración y decoración del Hospital de Tavera, obra que habla por sí sola del acierto, finura y buen gusto de su autor.

¿Labor? Sería imposible enumerarla toda ella y fuera de lugar por las razones que ya diera al principio, y únicamente como elegio final al artista, al hombre y al amigo, baste decir de él que... nunca hizo nada mal hecho. Descanse en paz.

ESTILO significa amor a Toledo y a su historia; entrega al Arte en cualquiera de sus manifestaciones. Ayuda mutua en la misma compenetración de afanes, ideas y luchas.

Sus socios pretenden continuar esa tradición de artistas que unidos, como en el glorioso pasado, puedan labrar un Toledo grande.

SANGRE EN PIEDRA

Tanta piedra conciliar
de inmóvil fe, detenida,
en mártires se ilumina
y se coagula en altar:
Leocadia supo sellar
lo que Ildefonso diría;
y en troncos de monarquía
sembrando aceros el Tajo,
espadas pone en el brazo
para rendirse a María.

Impar el aire, revivo
pendones de reconquista;
el alminar se hace ermita;
la media luna que olvido
para mi nuevo motivo,
lunas nuevas se me hacen;
la cimitarra, un romance
de sultanas desterradas
que se olvidaron, plasmadas
sobre la piedra, su sangre.

(Recitada en el Cine Imperio en la Velada artística del día 8 de Octubre)

Las piedras son fijosalgo
para blasón de tus casas,
y en el recuerdo que guardan
las rejas son ya geranios.
Las plazas se van quedando
como vacías escenas
donde los cuerpos se llegan
para dejarse morir:
acacias crecen en mí
para tus plazas desiertas.

Rincones, toda Toledo
las noches son sin palabras
de pórticos que me aguardan
quedando solo en acento.
Ya, sangre en piedra, viviendo
de muchos siglos, renaces
para mi aliento en tu carne
y, cuando enciendo la luna,
la piedra se te derrumba
para que brote la sangre.

JOSÉ M.^a CIRUJANO ROBLEDO

I

Melancolía de volver a verte.
Sombra quieta y luz fija. Quieto el viento.
Ni un sesgo, ni un surgir de movimiento
en el reposo intacto de lo inerte.

Sensación de la muerte. Sí, tú, río,
¡qué finura de acero que diluye
tu superficie, que suave fluye
metálico matiz de luna y frío!

Ahondada gravedad tiene lo bajo
que desenlaza el haz, ímpetu en vilo
de vivísimas llamas, cenicientas.

Precipicio o ribera se hunde al Tajo
y la vida o el río, un intranquilo
lento fluir de fondo de aguas lentas.

II

Se alzan, pero se abren
en lo alto los ímpetus
porque un hondo desgaje
derrúmbalos, hundidos.

Se caen, se caen las alas.
¡Qué inundación de abismo
siente el precipitado
pecho hacia el precipicio!

El aire se me hunde
y se suceden finos
agudos verticales,
rápidos y continuos.

Rómpese en plumas débiles
el anhelo crecido
y caen torpes vibrando
lentas y sin sonido.

JOSÉ MARÍA CABEZALÍ

PUIG DE MISA BLANCO...

A MI HERMANA QUERIDA



Puig de Misa blanco, misterioso, suave,
De pie sobre el mar;
Por cerebro tienes una fortaleza,
Por frente un altar.
Rodean tu cuello bravías chumberas
Como en un collar,
Tus casitas moras te hacen compañía
Con su dulce hablar,
Medrosas se apoyan en tu pecho fuerte
Y te hacer soñar...
Soñar con piratas de peludos hombros
Y de recio andar.

Bajo las adelfas,
Entre los tomillos,
Surgen Berruguets,
Que bailan al son de sus caramillos.

El mar moja el borde de tu blanda orilla
Diciendo un cantar,
Cantar de campanas de una vieja iglesia
Que se oye llorar.
Llora desde el fondo, pues el mar un día
La quiso robar,

Y un fiero zarpazo de sus blancas uñas,
la hizo derrumbar...
Ya la tiene presa, presa entre corrales:
¡Qué triste pesar!

Bajo las adelfal,
Entre los tomillos,
Surgen Berruguets,
Que bailan al son de sus caramillos.

El río que baja de los altos montes
La va a libertar.
Una caracola que en la lejanía,
Oigo retumbar
Anuncia el combate: «¡Peñascos!, decidme,
¿Quién lo va a ganar?»
Can-Fita contesta: «Son siglos y siglos
Los que hay que esperar...»

Bajo las adelfas,
Entre los tomillos,
Surgen Berruguets
Que bailan al son de sus caramillos.

Si algún viajero llega hasta tus plantas
De pie sobre el mar,
Si algún viajero llega hasta tus plantas,
no vuelve a marchar.

LA MARQUESA DE LOZOYA

Santa Eulalia del Río (Ibiza).

Para un dibujo que representa una esclava mora

*Tristeza de tu mirada,
en vuelo de soledad...*

*Nave perdida en la arena
de las orillas del mar.*

*¡Quién fuera cadena y puerto
para poderte salvar!*

CLEMENTE PALENCIA

GRANADOS

(DIVAGACIONES)

Sobre fondo insano y brillante a la vez, danzaban figuras cargadas de vibrante luminosidad. Viento de inquietudes flotaba, casi imperceptible, sobre la escena. Giraban las figuras, en elegantes movimientos, sobre sí mismas, y un espectro, el de Federico Chopín, dirigía en la sombra la extraña Ceremonia.

No sé por qué. Pero algo así es lo que me imagino cuando oigo la música de Granados. Lo que siento cuando escucho sus obras, considerándolas despedidas de todo matiz regionalista, como música solo, en abstracto, analizadas por mí, que, valga la repetición, ya hartó sabida de todos, soy solamente un simple profano.

Ignoro si el secreto de mi impresión está en esos ojos negros y profundos del compositor español. Esos ojos a un tiempo serenos y desasosegados. Esos ojos que parecen salidos de la esencia de su música, porque, en realidad, apenas si la música de Granados es otra cosa que una mirada honda, sentida y llena de humana vitalidad, que os va a penetrar hasta el corazón para quebrarse allí en sabores de nostalgia y energía.

Pero esa nostalgia, que es quizás una velada amargura, y esa energía, que no sabemos si tiene algo de orgullo rebelde, están envueltas en la elegancia de la raza y en la gallardía del amor. Granados,

en sus obras, ama apasionadamente a España, y, sin embargo, quizás por eso mismo, no la llega a entender.

Enrique Granados es el Larra de la música española. Le faltó el valor purificativo de Falla para que su ánimo de gigante trabajase con serenidad. Y la serenidad que le faltaba en el juicio, en la interpretación, le sobró en sus realizaciones, que si son combativas es porque él concebía una España de lucha y de fuego. De un fuego no amenazador, sino algo doliente. De un fuego elegantemente desordenado.

Para mí, Granados ha cogido, sobre todo, en su matiz españolista, la dignidad y la frialdad caliente que señaló nuestra historia en sus momentos cruciales ¿No fueron muy fríos y muy calientes, a la vez, en sus reacciones, nuestros guerrilleros, nuestros héroes de la Reconquista, nuestros teólogos y nuestros sabios?

Las obras de Granados son como el cielo de España. Brillantes, luminosas, pero dejando siempre una sensación insatisfecha, de inquietud, larvada en la inmensidad.

Porque Granados es inmenso. Es la inmensidad de Don Quijote, que se filtra en cada nota de sus composiciones.

JOSÉ LUIS PÉREZ DE AYALA

LOS CANDILES

A la memoria del gran artista Eduardo Lagarde, alma de nuestra inquietud.

Techo de rocas, rocas de suelo,
y encima un mundo sin claridad.
Aquí las sombras, allí las luces,
pero nosotros vemos mejor.

Somos el alba de un nuevo rumbo;
gloria en las horas del porvenir;
canto sublime del Arte puro...
Somos la Nave de la Ilusión.

Nuestro afán no es quimera ni es sueño, es esperanza
forjada con impulsos de musas y pinceles.
Esperanza que alienta nuestros pasos seguros
entre sombras que ocultan el sendero triunfal.

... Y en el aire, surcando el espacio infinito,
vibra el eco insonoro de la inquietud constante.
Va hacia arriba buscando, en las rutas del tiempo,
soñados horizontes de inédita belleza.

Y al coronar la cima de nuestras ambiciones,
en canto jubiloso decimos los Candiles:
Pudimos empezar y ya llegamos.
Queremos acabar y seguiremos.

JULIÁN CORRAL

(Del «Himno Toleista». Letra de la primera parte, en la que, como mera adaptación a la música, no puede respetarse la integridad y soltura del verso).

SERT Y SU OBRA

POR JOSE RELANZÓN

El día 21 de Diciembre de 1874, nace en Barcelona José María Sert, hijo de una de las más distinguidas y acomodadas familias catalanas de la época, en un ambiente típicamente industrial. Apenas tiene uso de razón, cuando ya marca de una manera clara sus inclinaciones artísticas, sobre todo en lo que al dibujo se refiere, siendo su primer y único maestro en su vida el pintor Borrell, cuya influencia se nota en sus primeras obras, costándole trabajo el deshacerse de dicha influencia, haciéndole exclamar en más de una ocasión: «Si alguien siente afición al dibujo, ¡por Dios!, que no le pongan un maestro».

Empieza a frecuentar los centros y tertulias artísticas barceloneses, alternando, a pesar de la diferencia de edad, con los artistas más destacados de la época, tales como Casas, Rusiñol, Utrillo y otros, con los que luego le unirán lazos de buena amistad. El contacto con esta bohemia de fin de siglo, despierta en él el ansia de la «Ville Lumière», hasta que en 1899 consigue, gracias a su tesón (característica de toda su vida), el consentimiento familiar para realizar su sueño, llegando a París a la edad de veinticinco años, en donde conoce al que luego será su mejor amigo, Ignacio Zuloaga.

En París, transcurrirá luego el resto de su vida, salvo las naturales ausencias relacionadas con su trabajo y los viajes de estudio y recreo.

El 27 de Noviembre, tras dos intervenciones quirúrgicas, fallece en su ciudad natal, cuando sólo hacía unos días que se inauguraba su segunda decoración, de la obra de su vida: «su Catedral» de Vich, en cuyo claustro reposan los restos del mayor pintor decorador de toda una época.

* * * *

Apenas empieza su vida artística, muestra su inclinación por la decoración mural, como si el cuadro tuviera pocas dimensiones para desarrollar su potente fantasía creadora.

Su primera obra, que le da a conocer en París, son los paneles que pinta para el pabellón de «L'Art Nouveau», en la Exposición Universal de 1900. En esta primera obra, ya acusa su tendencia al empleo de poco colorido; se trata de unos dibujos de grandes dimensiones, al carbón, sobre fondo azul pálido. Obtiene un resonante triunfo y empiezan a llegar los encargos, que ya no le faltarán. Ese mismo año, este titán del arte, le pide a su protector, el Obispo Torrá y



«Homenaje de Oriente»

Lienzo de 12 x 6 metros que formaba parte de la desaparecida decoración de la Catedral de Vich.

Bagés, ¡una iglesia para decorarla!, siendo este gesto de coloso lo que da origen a las primeras gestiones para decorar la Seo de Vich, gestiones que terminan en 1907 con la firma del contrato, y cuya obra no se inaugurará, por las múltiples demoras y falta de seriedad del artista, hasta 1927.

Esta grandiosa obra, que fué única en el mundo, tanto por sus proporciones como por sus cualidades decorativas, fué expuesta en París, causando la admiración y el asombro de todos, así como la consagración definitiva de Sert. En 1936, la «cultura marxista» destruye esta ingente obra maestra al incendiar la Seo vicense; en 1937, se lamentaba un amigo suyo de la destrucción de aquella maravilla, a lo que le contestó el maestro, que ya estaba en edad avanzada, como si se tratara de un apunte:

—¡Qué importa! ¡Volveré a pintar la Catedral!

Y en efecto, el 27 de Julio de 1940, se firma el nuevo contrato, exponiéndose la obra en 1943 en el Palacio de Santa Cruz, de Madrid, inaugurándose la nueva Catedral el 15 de

Noviembre del mismo año; por cierto, con motivos y técnica completamente distinta al decorado primitivo. El éxito de esta obra, por ser de época actual, es de todos conocido.

* * *

La obra de esta figura señera del arte español es tan inmensa, que casi puede asegurarse que ha sido el pintor que más superficie de lienzo ha pintado del mundo, incluyendo a Giotto y Miguel Angel; esto sólo ya infunde respeto, al pensar que en una vida este coloso pintó dos Catedrales.

Las principales obras que merecen mención, y que se encuentran repartidas en dos Continentes, son las siguientes: las ya mencionadas de la Catedral de Vich; el Salón del Palacio Alella (Barcelona, 1910). Kent House (Londres, 1913). «Maricel» (Sitges, 1916, hoy en Chicago). Wretham Hall (Inglaterra, 1919). Palacio del Marqués de Salamanca (Madrid, 1920). Park Lane (Londres, 1921). Palacio Errazuriz (Buenos Aires, 1922). Palm Beach (E. U. A., 1924). Residencia Cambó (Buenos Aires, 1927). Ayuntamiento de Barcelona (1929). Hotel Waldorf Astoria (Nueva York, 1931). Capilla del Palacio de Liria (Madrid, 1932, y destruida por los rojos en 1936). Museo de San Telmo (San Sebastián, 1934). Rockefeller Center (Nueva York, 1933 y 40). Palacio de la S. de las Naciones (Ginebra, 1936). Palacio March (Palma de Mallorca, 1944). Y otras muchas más, entre las que figuran sus famosos biombos, entre los que destaca el Moore, y varias series de cartones para tapices.

(Continuará).

MANCHAS DE COLOR

EL JURAMENTO DEL CRISTO DE LA VEGA

(LEYENDA TOLEDANA)

I

Es una apacible y fragante noche del mes de Abril.

Las estrellas rutilan inquietas su pálida plata, sobre un fondo prusia ilimitado.

El silencio se adueña en absoluto sobre las calles cortas y estrechas de la ciudad, en este momento solitarias y predispuestas a la aventura.

Ninguna persona honrada sería capaz de aventurarse por esas calles de Dios, a estas horas en que el Diablo anda suelto, enfundado en el cuerpo de algún espadachín, o cobijado falazmente entre los pellejos de alguna dueña, trotona y vieja, que medra a su favor.

Y de hora en hora, para ahuyentar serpentes y recordar a los mortales que el tiempo camina y les lleva hacia su fin, el reloj de la vieja Catedral lanza sus campanadas de bronce, que ahora son diez.

Por la calle de los Alfileritos, alumbrada tristemente por los pálidos destellos de una lamparilla, que arde temblorosa en la hornacina que cobija a la Madre del Redentor, marcha con pasos seguros un hombre envuelto en amplia capa carmesí, por cuyos pliegues asoma la vaina de su espada.

Ha llegado ante la imagen de Nuestra Señora. Con devoción se destoca del chambergo, inclina la cabeza y sus labios musitan una oración.

La luz de la lamparilla, aunque débil, ilumina la faz del caballero, y reconocemos en él al joven hidalgo Don Diego Martínez, cargado de timbres gloriosos por sus antepasados, pero que él ahora sólo posee una modesta hacienda y el tesoro de su juventud.

Hace la señal de la Cruz, mira a la Virgen de los Alfileritos, se cubre la cabeza y continúa calle adelante.

Las espuelas de plata de Don Diego, resuenan en el silencio de la noche. Ha atravesado con decisión el cobertizo de Santo Domingo el Real; pero al desembocar en la plaza, ve aparecer por la esquina opuesta tres figuras de personas, que hacia él avanzan... Don Diego no es cobarde, ni tampoco manco, que por eso al cinto lleva tizona.

Queda parado a la entrada del cobertizo.

El grupo de personas, aunque se ha apercibido de la presencia del caballero, sin titubear hacia él se dirige.

Don Diego desenvaina la espada, y

abriéndose con el embozo de su capa, se pone en guardia y ordena e inquiera:

DON DIEGO...—(CON VOZ ALTANERA). ¡Alto ahí! ¿Quién llega...?

FRAILE 1.º...—¡Gente cristiana, hermano...!



DON DIEGO...—Habéis de decir quién sois y a dónde váis...!

FRAILE 2.º...—¡Venimos, hermano...!

DON DIEGO...—¡Ea, acabemos de una vez...!

FRAILE 3.º...—¡Hermano, ya os han dicho que somos personas cristianas. Un fraile y dos legos... venimos de dar los sagrados y últimos Sacramentos a un moribundo... y vamos a nuestro convento...!

DON DIEGO...—Perdón, Padre... yo os acompañaré; mi espada está siempre al servicio de Dios...! —dice Don Diego, al mismo tiempo que, con la espada desenvainada, se pone al frente de la sacrosanta comitiva.

En el silencio de la noche, suena aguda la campanilla del Santo Viático.

Una vez que hubo acompañado hasta las mismas puertas del convento a los religiosos, Don Diego desandó el camino; y por la calle de la Merced llegó hasta la plaza de las Capuchinas. Allí, ante una reja de espesa celosía, aguardó unos instantes. Cuando su mano iba a tocar la madera para llamar...

DOÑA INÉS...—¡No es necesario, Don Diego, que llaméis! ¿Acaso no sabéis que os esperaba...?

DON DIEGO...—¡Perdona mi tardanza, hermosa Inés, pero es el caso...

DOÑA INÉS...—¡No os justificuéis, Don Diego! ¡Vuestra tardanza habrá sido debida a razones justas...! Pero ya sabéis que mi padre es muy anciano, y como tal, su sueño es muy ligero... ¿Qué diría si a estas horas con vos me encontrase?

DON DIEGO...—¡Inés... alas para mí al viento pedía, y el viento, comprendiendo mi razón, alas me daba... por ti y por mí. Antes, a la Virgen de los Alfileritos pedí que nos conservase eternamente en nuestro amor, y la Virgen de los Alfileritos, a pesar de su cara dolorosa, tuvo para mí una sonrisa dulce; así me lo prometía. Al llegar a la plaza de Santo Domingo, mi espada se puso al servicio de Dios, acompañando a unos religiosos que venían de sacramentar a un moribundo...!

DOÑA INÉS...—¡Buena empresa la vuestra, Don Diego...!

DON DIEGO...—¡Y ahora, mi adorada Inés, aquí me tienes, sintiéndome a tu lado el hombre más feliz de la tierra, por lo mucho que me amas...!

DOÑA INÉS...—¡Bien seguro de ello estáis...! Mas... ¿Puede ser de otra manera...? ¡Escuchad, Don Diego! Toda mi vida ha transcurrido en esta casona, al lado de mi padre. Mi infancia fué triste; no he conocido las dulces caricias maternas. Mis ojos se llenaban de lágrimas cuando desde las ventanas veía a otros niños, más felices que yo, al lado de sus madres. Entonces me invadía amarga congoja al recordar que la mía estaba en el cielo. Yo no la podía abrazar ni besar como ellos hacían. Si en sus inocentes travesuras resbalaban y caían: ¡Madre!, clamaba su boca..., y la madre acudía presurosa al lado del hijo de su corazón. Cuando había querellas entre ellos, entre los niños, ¡madre! decían, buscando ingenuos su amparo; la madre les defendía. Y si todos miraban ante la seña de uno a la ventana desde donde yo les contemplaba, mi traza de niña triste y estafalaria les servía de burla...! ¡Llorosa me ocultaba...; pensando en el cielo, suspiraba ¡madre! Si en la obscuridad del aposento tropezaba con algún mueble y daba de bruces en el suelo, también, pensando en el cielo, imploraba ¡madre! En mi auxilio venía una dueña vieja y gruñona, que aún me llenaba de reproches, y en castigo me acostaba; pero yo, antes de que el sueño acudiese a mis ojos, pensando en el cielo, clamaba: ¡Madre! y me dormía pensando en ella...

DON DIEGO...—¡Triste en verdad ha sido tu infancia, Inés; por eso, yo quiero

que alejes de ti sombríos pensamientos y seas la mujer más feliz del mundo, a mi lado, como te mereces.

DOÑA INÉS...—¡Mi madre desde el cielo velará por los dos!

DON DIEGO...—¡Y tu madre desde el cielo bendecirá nuestro amor...!

DOÑA INÉS...—¡Ahora, Don Diego, os ruego os retiréis...!

DON DIEGO...—¿Irás mañana al trisagio del Cristo de la Vega?

DOÑA INÉS...—Es el último día; iré acompañada de mi dueña.

DON DIEGO...—Allí me verás, y si tengo la dicha de hablar contigo, me daré por contento.

DOÑA INÉS...—¡Hasta mañana, pues, Don Diego...!

DON DIEGO...—Inés, que esta noche, cuando pienses en tu madre, recuerda también a Don Diego...!

Desanda nuevamente el camino Don Diego, dobla la esquina del convento de las Capuchinas, se emboza en la capa, avanza por la calle de la Merced y desemboca en la plaza de Santo Domingo el Real.

La luna esparce su fría claridad sobre las pétreas columnas dóricas del pórtico conventual, haciendo más crudos los contrastes de sombra y luz, que dan al ambiente sabor de aguafuerte antiguo. Es el momento mágico en que se compenetra cielo y tierra. Las gloriosas piedras estáticas del monasterio, tienen ahora palpitaciones místicas, al sentir que resbala sobre ellas la liturgia de los campanillos de espadaña monjil, llamando a maitines a los seres que allí moran, los cuales, envueltos en un perfume cristalino y en unas tocas blancas y virginales, han sabido renunciar al mundo y aislarse, para en su vida de alejamiento y contemplación, buscar el camino más corto para llegar a Dios.

II

La tarde, apacible, tiene luminosidades opalescentes.

El Tajo, rumoroso y sosegado, sigue cantando su endecha —dulce égloga— a la campiña bucólica que besa y fertiliza. Como eternos y fieles guardianes, al fondo, riscos y laderas con las notas alegres de los líricos cigarales, que tímidos intentan mirarse en el espejo azulado de las aguas del río.

Destacándose sobre el fondo verde de los álamos que vegetan en la ribera, la ermita del Cristo de la Vega es una pincelada en la armonía pagana de esta tarde fulgurante, en que todo invita a vivir y a soñar...

La esquila anuncia que ya han terminado los cultos, y los fieles han ido abandonando el templo. Tres quedan rezagados, como orando en la discreta penumbra; dos mujeres y un hombre; él es Don Diego Martínez, y ellas, Doña Inés y su dueña. El caballero se acerca cortés a las damas, y con respeto y a sovoz...

DON DIEGO...—¡Dios os guarde, señoras...!

DOÑA INÉS...—¡El esté con vos, Don Diego...!

La dueña, tras una reverencia, comprende que debe alejarse discretamente, y renqueando, váse hacia un rincón con el rosario entre los sarmentosos dedos, mientras que Doña Inés, temblorosa...

DOÑA INÉS...—¿No es osado el que a mí os acerquéis en este sagrado lugar...?

DON DIEGO...—Osado sería si mi amor fuera simple capricho o vana ilusión pasajera...!

DOÑA INÉS...—¡Por Dios, Don Diego...!

DON DIEGO...—¡Por ese Dios que imploras y que también es el mío, sabe de la pureza de mi cariño, y necesariamente El lo santifica...!

DOÑA INÉS...—¡Si es así, que El bendiga vuestras palabras...!

DON DIEGO...—¡Y ahora, escucha, Inés. Yo soy un hidalgo pobre, sin hacienda y sin un porvenir que ofrecerte; por tanto, he decidido hacerme soldado; marchar a Flandes en busca de gloria y fortuna, y a mi regreso ponerlo todo a tus pies, a los pies de la que será mi esposa!

DOÑA INÉS...—¿Qué decís, Don Diego?

DON DIEGO...—¡Que a mi regreso, serás la mujer más feliz del mundo, dueña de mi cariño y de las riquezas que la guerra me dé!

DOÑA INÉS...—Pero... ¿Y si os matan...?

DON DIEGO...—¡Moriré pensando en ti...!

DOÑA INÉS...—¡Una nueva ilusión que se desvanece en el horizonte de mi vida... otro cariño que...!

DON DIEGO...—¡Inés... quisiera ser el hombre más poderoso del mundo para ofrecerte todo cuanto tú mereces...!

DOÑA INÉS...—¡Don Diego, pero si yo os acepto tal como sois...! ¿Qué me importan honores y riquezas, si con vuestro cariño tengo bastante...?

DON DIEGO...—¡Es cosa decidida, mi buena Inés; ten en cuenta que, cuando yo vuelva, seremos los seres más dichosos de la tierra!

DOÑA INÉS...—¡Puesto que así lo queréis, sea, pero mi pobre corazón abriga temores de que por tierras extrañas no os volváis a acordar de él...!

DON DIEGO...—¡Inés, por la memoria santa de tu madre, no vuelvas a pronunciar esas palabras...! ¿Cómo olvidar lo que tanto amo, ya que todo esto lo hago por ti...?

DOÑA INÉS...—¡Lo sé, Don Diego, pero... tristes presagios me invaden. Estaba tan hecha a la idea de no separarme jamás de vos...!

DON DIEGO...—¡Pobre Inés mía! Aleja para siempre esos tristes augurios, que Don Diego es y será siempre un caballero. ¡Ven...!

Don Diego la toma una mano, y con la otra ciñe amorosamente, castamente, su talle y la lleva junto a la imagen de Cristo crucificado. Allí, los dos amantes se posttran de rodillas y con voz firme...

DON DIEGO...—¡Señor...! ¡Tú que miras con misericordia a los pecadores...! ¡Tú, que por la redención del Género

Humano sufriste los escarnios, pasión y muerte, aun siendo Dios, hoy se postra ante Ti Diego Martínez en compañía de Inés de Vargas, a la que juro, ante tu divina presencia, hacer mi esposa cuando termine y regrese de la empresa en que me he comprometido por ella...!

III

Don Diego Martínez, el hidalgo pobre, marchó de soldado a Flandes en busca de horizontes más amplios. Mientras que en Toledo queda sumida en la mayor tristeza Inés de Vargas, la moza requerida de amores, con el juramento matrimonial, hecho en un momento de juvenil y amoroso arrebató por su galán, ante la sagrada imagen del Cristo de la Vega.

El tiempo, inexorable, avanza, y en su despiadado caminar, en unos corazones hace avivar la fe y el recuerdo, en otros... extiende las negras alas de la indiferencia sin tener en cuenta el daño que causa.

Muy de tarde en tarde se tienen noticias de los valerosos soldados que lejos de España luchan en los gloriosos tercios, pero nunca a Inés llegan las de Don Diego. Ella, que tan acostumbrada está al dolor de sentir sola sus afectos y cariños, espera resignadamente; piensa y sueña con él...; piensa y sueña que volverá, que volverá tan amante como marchó...; piensa y sueña que su amor en tierras extrañas será aún mayor...; piensa y sueña que cuando vuelva, amante y solícito a ella vendrá...; piensa y sueña en la promesa y juramento que hizo...; piensa y sueña en que una vez terminada la guerra, será la mujer más feliz del mundo...; piensa y sueña en que su Don Diego no tardará en regresar a Toledo...; piensa y sueña siempre en él...

Mas algunas veces la duda, cual arpía despiadada, quiere hincar sus afiladas uñas en lo más puro de su ilusión... y una cruel amargura invade su alma delicada y exquisitamente femenina.

LA DUDA...—¿Y si te hubiera olvidado...? ¡No te fies de los hombres, y más si son tan galantes como Don Diego...!

DOÑA INÉS...—¡No, no; aparta, duda maldita; no es posible que Don Diego me haya olvidado, no es posible!

LA DUDA...—¿Por qué tanto tiempo sin tener noticias de él...?

DOÑA INÉS...—¡La guerra es una vida azarosa...!

LA DUDA...—¡La guerra es una vida azarosa, pero también es una vida de libertinaje...!

DOÑA INÉS...—¡Don Diego pensará siempre en mí, pues soy su amor!

LA DUDA...—¡Si no hubiera mujeres, tal vez, pero a vosotras os deslumbra el oropel del vencedor, y más si éste es un soldado tan bizarro como Don Diego...!

DOÑA INÉS...—¡No; repito que es imposible! ¡Don Diego no me habrá olvidado...! Si así fuera... ¿Qué sería entonces de mí?

PABLO GAMARRA

(Continuará)

Actos literarios y distinciones a nuestros asociados

El domingo día 19 de Noviembre, se vió lleno el Cine Imperio de numeroso público para presenciar un acto cultural organizado por «ESTILO». El Cronista Oficial de la Ciudad, don Clemente Palencia, hizo una exposición histórica y literaria sobre el abastecimiento de aguas a lo largo de la historia de Toledo, y a continuación se proyectó la película *Aguas de Toledo*, que agradó extraordinariamente a los asistentes.

El día 22 del mismo mes, organizó un recital de poesías el «Hogar Extremeño». El Presidente, Dr. D. Virgilio Sánchez García Mora, ofreció a don Enrique Vera, Director de «ESTILO», el honor de presidir el acto, en el que tomaron parte el Abogado D. José Augusto Pérez Flores; la inspirada poetisa María de los Reyes, que declamó magníficamente, lo mismo que nuestro asociado D. Angel Ortiz Ca-

bañedo, destacado poeta, de modos profundos y castizos.

A requerimiento de la Presidencia y de los asistentes, leyeron algunas composiciones originales los poetas don Fernando Allué, D. Clemente Palencia y D. Julián del Corral, que asistían a tan simpático acto.

Fueron premiados en la última exposición de «ESTILO»: en Escultura, D. Armando Fernández Fraile y don Antonio de la Cruz, y en Pintura, la Srta. Pilar Hurtado y D. Tomás Camarero García. El cuadro del Sr. Camarero, titulado «Camerín de la Virgen de San Cipriano», fué adquirido por el Excmo. Ayuntamiento de Toledo.

Siguiendo las normas establecidas por la Junta Directiva de «ESTILO», se otorgará un premio de cien pesetas

al mejor artículo en prosa sobre motivos de Navidad, que se publicará en el próximo número. Los colaboradores han de expresar en el sobre el detalle de «para el Concurso de Navidad», y necesariamente han de ser socios de «ESTILO».

El próximo domingo, día 10, nuestros asociados podrán admirar, en el Centro de Artistas e Industriales (Casino), por segunda vez, al magnífico trío de Madrid, que tan grato recuerdo nos dejó en su última velada del pasado día 8 de Octubre.

ACONTECIMIENTOS DE AYER

OCTUBRE DE 1607

Nace en Toledo el poeta y dramaturgo Francisco de Rojas Zorrilla.

El día 4 de Octubre del año 1607, vino al mundo, en nuestra ciudad, el poeta y dramaturgo Francisco de Rojas Zorrilla, siendo bautizado días después en la Iglesia de San Salvador.

Es autor de varias producciones dramáticas, colaborando con él en algunas Luis Vélez de Guevara, Calderón de la Barca, Antonio Coello y Luiz Belmonte Bermúdez.

Procuró siempre ser original en sus argumentos, sin tener en cuenta para nada la trayectoria seguida por los escritores de su época, siendo sus cualidades principales la invención, gran maestría concepcionista, castizo en el idioma, de imaginación poderosa, gran fantasía creadora y locución fogosa.

Entre sus obras principales figuran: «Entre bobos anda el juego», «Del Rey abajo, ninguno», «Donde hay agravios no hay celos» y otras.

Murió el 23 de Enero de 1648.

NOVIEMBRE DE 1479

Nace en Toledo Doña Juana la Loca.

El 6 de Noviembre de 1479 y en las casas del Conde de Cifuentes, nace Doña Juana la Loca.

Fué Bautizada en la Parroquia de San Salvador, en una pila bautismal de barro cocido y baño verde del siglo XIV, que se conserva en el Museo de San Vicente, en la que fué también bautizado Rojas Zorrilla.

Se la proclamó heredera del Trono de España en la Catedral, el 26 de Enero de 1505.

Hija de los Reyes Católicos y madre de Carlos V, casó en Lila con Felipe el Hermoso, siendo poco feliz en su matrimonio debido a las infidelidades de su esposo, el cual murió de una pulmonía por desoir las prescripciones médicas cuando, después de un partido de pelota, se empeñó en beber agua fría.

Doña Juana acompañó el cadáver de su marido a pie desde Burgos a Granada, no consintiendo se acercara mujer alguna a ver al Rey muerto

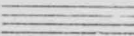
Murió en Tordesillas en 1555, auxiliada en sus últimos momentos por San Francisco de Borja.

RAMÍREZ DE DIEZMA

FONTANERIA ~ FUMISTERIA

Saneamiento de edificios 
 *Cocinas*

Joaquín Martín Robles

Alfonso X el Sabio, núm. 4  TOLEDO

RAFAEL GÓMEZ-MENOR, IMPRESOR
Sillería, 13 y 15 y Comercio, 57.—Toledo